

mas como el príncipe seguía la pista, se pusieron en Meaux bajo la protección de los suizos que acababan de llegar y que formando el cuadro, colocaron en medio á la corte, y al abrigo de sus lanzas la condujeron con toda seguridad á París, sin que el príncipe de Condé se atreviese á hacer ninguna tentativa.

La guerra estaba declarada, y se había vuelto á apelar al fallo de las armas. La campaña fué muy breve y no produjo mas que una batalla; la de San Dionisio, á dos leguas de París, también perdida por los calvinistas. Terminó en ella su larga vida de mas de 80 años el condestable de Montmorency, hombre muy leal en el partido católico, por principios y carácter; mas no de grande influencia en los negocios de la corte. Como capitán, no dejó gran fama, mas sí como soldado valiente y experimentado. Era ya demasiado viejo para aquella época de violencias en que se necesitaba de impetuosidad y de tanta dosis de energía. En la corte no fué muy sentido; en prueba de lo cual atribuyen á la reina regente el dicho de que tenía que dar gracias al cielo por dos cosas: la primera porque Montmorency había vengado al rey de sus enemigos: la segunda porque los enemigos la habían libertado de Montmorency. Mas pasa este dicho por apócrifo.

Las tropas calvinistas se retiraron hácia la frontera de Alemania, con objeto de recibir los refuerzos que de aquellos países aguardaban. Llegaron en efecto, mas su primer paso fué pedir el pago de los atrasos en que estaban. La caja del ejército hugonote estaba exhausta; mas lo que solo se vé en guerras de esta clase, todos los individuos sin exceptuar clase alguna, hasta los ínfimos sirvientes, escotaron para satisfacer el pago de los alemanes.

Mas la reina había vuelto á sus sentimientos pacíficos, y la idea de los horrores de la guerra la asustó de nuevo. Para impedir que los soldados alemanes pasasen adelante, se trasladó ella misma al campo de los calvinis-

tas y volvió á abrir el campo de las negociaciones. Se ajustó entre unos y otros nueva tregua. Se ratificó otra vez el edicto de tolerancia, y se concedió á los hugonotes lo que pretendieron; mas sin mas garantías que las palabras del tratado. Es incomprensible que los calvinistas tan suspicaces, que habían tomado las armas los primeros, se retirasen ahora cada uno á su casa de un modo tan tranquilo. Mas sin duda se creían los mas débiles. No era el amor de la paz; era el cansancio, la imposibilidad de hacer la guerra, el alma de estos tratados y avenencias.

CAPÍTULO XXVI.

Estado de Inglaterra.-De Escocia-Maria Estuarda.-Su matrimonio con Enrique Darnley.-David Rizzio.-Asesinato de este.-Asesinato de Enrique Darnley.-Bothwell.-Rapto de la reina por Bothwell. Se casan.-Insurrección.-Vencida la reina.-Su vuelta á Edimburgo.-Su cautiverio y destronamiento.-Se escapa.-Vuelta á ser vencida.-Toma asilo en Inglaterra.

Se hallaba á la sazón en un estado de tranquilidad Inglaterra, gobernada por Isabel con casi tanto despotismo como por Enrique VIII, mas con mayor inteligencia. Organizadora de su nueva iglesia, de que era el jefe y la cabeza, también se mostraba celosa de su preponderancia y hasta perseguidora de los que se movían fuera de su gremio. Mas conocía demasiado la tendencia del partido católico de su país, y sin relaciones con los príncipes de su creencia para no fomentar las disensiones que promovían las controversias religiosas. Así protegía con armas y dinero á los calvinistas de Francia aunque no participaba de sus opiniones, y con el tiempo extendió la misma mano auxiliadora á los Países-Bajos. Sabía que los príncipes de la liga católica la aborrecían de muerte: era natural que por derecho de defensa propia, los tratase de hostilizar por cuantos medios se hallaban en sus manos.

La misma era su política en Escocia. Aquí además de sus intereses como reina mediaba un sentimiento personal que era el de su rivalidad con María Estuarda. No se borraba de su memoria que esta princesa no solamente se consideraba como su heredera, sino que había querido suplantarla. Bajo muchos títulos era objeto de su aversion, y no dejaba de aprovecharse de cuantos medios se le podían ofrecer de hacerle daño. El odio de las dos reinas era mútuo; mas en la época á que aludimos vivían ambas en la mejor inteligencia, al menos aparente. La de Escocia había quitado de sus armas los blasones de Inglaterra, é Isabel parecía haber dado al olvido sus agravios.

La situación de la reina de Escocia, era singular y acaso única. Nacida y criada en la religion católica, educada por los Guisas, de cuyas máximas participaba, iniciada en todos los planes de acabar con la heregía, gobernaba un país donde la misa que mandaba decir en su oratorio era objeto de censura y hasta de escándalo. Y no solamente se declamaba contra su religion de lo alto de los púlpitos, sino que los ministros mas celosos creían de su deber el pasar á su palacio á convertirla. Diferentes conferencias tuvo sobre el particular con el célebre Juan Knox quien no ahorraba ni lo vehemente de la exhortacion, ni lo duro de las expresiones. Mas la reina se mostraba indócil, y no cambió de religion á pesar del celo de tantos misioneros, desaire que no le perdonaron nunca, y que influyó en sus destinos mucho mas de lo que ella misma imaginaba.

Era inaugurar su reinado de una manera extraordinaria, y aunque sin duda no le faltaba capacidad en materias de gobierno, se podía presagiar las veces que en mar tan borrascoso perdería sus rumbos. Sus mismas cualidades personales presentaban un grande embarazo para gobernar un país que se hallaba en aquellas circunstancias. Todos los historiadores de aquel tiempo están acordes en dar grandes elogios á su hermosura, á su

gracia, á las brillantes prendas que la distinguían, á su gusto por la literatura de su tiempo, por las nobles artes, sobre todo por la música, y hasta á los dotes de su entendimiento. Se concibe cuántos disgustos la dieron alguna de estas cualidades, sobre todo en la ligereza de sus años, las rivalidades á que darían lugar no siendo la menos peligrosa la que excitaba sin duda en el corazón de la reina su vecina.

Viuda María en la flor de su juventud, natural era que pensase en contraer segundas nupcias. A pesar de las intrigas de Isabel que aparentó tomar grande interés en el asunto, y que indicaba varios novios con el designio de que María se quedase sin ninguno, se fijó esta en la persona de Enrique Darnley de su misma edad y familia, pues descendía de una rama colateral de los Estuardos. Fué este enlace sumamente desgraciado, y el primer eslabon de todos los infortunios de María. Era Enrique tan hermoso y agraciado de figura, como falto de capacidad y buen carácter. La reina le colmaba de bondades, y se había esforzado todo lo posible por adornar su título de rey que había adquirido por su matrimonio de todo el esplendor que le hiciera respetable. Mas sea que el príncipe tuviese esto por insuficiente, sea que aspirase á manejar las riendas del estado, sea por efecto de su mal carácter, se mostró ingrato á las atenciones de la reina, y no trataba con aquellas atenciones y obsequio que su superior rango requería. María era de carácter bastante fuerte para tolerarlo con dulzura, y como sucede en semejantes casos subió de punto la amargura del resentimiento mútuo, por faltar la prudencia de ambas partes; hubo momentos de reconciliacion y vuelta de ternura; mas el mal carácter de Darnley, altivo, presuntuoso, prevalecía siempre en tales altercados. La reina era reina, y al fin se cansó de la sociedad de un hombre que ni le mostraba cariño como á mujer, ni respeto como á reina.

Tal vez habría mas causas para esta clase de ruptura. Es imposible penetrar ni registrar bien el laberinto de

intrigas, de chismes, de embustes que por lo regular pululan en las córtes. El marido era de poco entendimiento, suspicaz, violento; la mujer era reina, llena de gracias y hermosura, no muy reservada en las palabras ni circunspecta en obras que se podian traducir siniestramente. Darnley que se veia privado de su confianza que no estaba ya en su intimidad, concibió sospechas de tener un rival, y estas recayeron en un extranjero llamado David Rizzio.

Era este David Rizzio un italiano que habia llevado en su comitiva un embajador á Escocia. Poseia entre otras habilidades la de buen músico, y en esta capacidad se habia hecho distinguir en algunos conciertos dados á presencia de María. Habiendo agradado y considerándose útil para los conciertos privados que se daban en la habitacion de esta princesa, pasó á la marcha del embajador á su servicio. Como además de su habilidad en la música poseia algunas lenguas extranjeras, le hizo María su secretario particular para su correspondencia con Francia y otras partes. Le daba este cargo de confianza ocasiones de entrar frecuentemente en el despacho de la reina, quien le trataba con cierta familiaridad creyéndolo tal vez de poca consecuencia; mas algunos cortesanos llevaban esto muy á mal y se indignaban de ver á este extranjero de baja extraccion llevar pliegos á la firma de la reina. Otros solicitaban su favor con motivos de pretensiones que tenian en la córte, y el italiano hizo alguna fortuna con los presentes que su valimiento y servicios le prestaban.

Algunos advirtieron prudentemente á la reina de las murmuraciones á que daba lugar esta privanza, y de los peligros á que al mismo interesado le exponia; mas la reina contestó que no trataba á Rizzio con mas familiaridad que al secretario su antecesor, y que era dueña de tratar con alguna distincion al que útilmente le servia. Mas cualquiera que fuese la ligereza de la reina en conducirse y expresarse así, ninguno concebía sospe-

chas sobre la naturaleza de sus relaciones, ni la edad, figura y demas cualidades personales de Rizzio, daban lugar á suponer posibles tan bajas inclinaciones en María.

Del favor de este mismo Rizzio se habia valido Darnley en el tiempo de sus obsequios á la reina, como de una persona que tenia medios y ocasion de hacer su mérito recomendable. Se interesó en efecto el italiano por el jóven pretendiente, lo que prueba que semejantes sospechas no existian. Para los que mas censuraban, era un favor mal colocado, una privanza de que el extranjero no era digno.

De este Rizzio concibió al fin sospechas el jóven rey en su despecho, teniéndole por un rival favorecido. Otros motivos además encendian la llama de su resentimiento. Como Rizzio habia favorecido y recomendado las pretensiones de Darnley, se habia atrevido alguna vez á afearle, aunque en términos respetuosos, su conducta hácia la reina. Por estos motivos y por sospechas de influir en María para que no le hiciese partícipe de la autoridad real á que el príncipe miraba mortificado de llevar un vano título de rey, concibió contra el italiano un odio mortal que tuvo los mas funestos resultados.

Comunicó Darnley á sus mas íntimos amigos los motivos de sus sospechas y resentimientos. Habiendo tomado todos interés en su elevacion, y mirándolo como hechura de su parcialidad, meditaron proyectos de venganza. El resultado de la deliberacion fué el de asesinar á Rizzio. Pensaron unos que fuese en su casa, otros á la salida de palacio. Mas el príncipe declaró que no se daría por vengado suficientemente, si esto no tenía lugar á vista y presencia de la misma reina. Así se acordó por todos. Tal era todavia la ferocidad de aquellos tiempos, y la brutal estupidez de Darnley, que no tuvo reparo en ofrecer este espectáculo á su esposa embarazada de seis meses.

El 9 de marzo de 1566 se hallaba la reina cenando en un pequeño retrete próximo á su alcoba, con Rizzio,

la duquesa de Argyle y dos ó tres personas mas, cuando sin pasar recado se presentó de repente Darnley sin saludar á nadie, clavando con ferocidad sus ojos en el italiano. Le seguia el lord Ruthven que acababa de levantarse de la cama donde estaba enfermo, y otras pocas personas mas, pero todas con armas. «Deja ese sitio de que no eres digno» dijo Ruthven encarándose al pobre Rizzio que en aquel apuro imploró el favor y proteccion de la reina asiéndola de la falda del vestido, mas Darnley le separó de su lado con violencia. Entonces se echaron sobre él los conjurados. Guillermo Douglas le dió allí mismo una estocada con su daga; mas arrastrándole en seguida á un cuarto inmediato, le dejaron cadáver con cincuenta y cinco puñaladas. En vano interpuso la reina sus llantos, sus ruegos, y sus gritos. Cuando vió que eran inútiles recobró un semblante sereno, y les dijo: ya no tengo que pensar mas que en venganza. El conde de Morton que por su destino debia velar por la seguridad, habia puesto una guardia de 160 hombres á la puerta del castillo, para poner á los asesinos al abrigo de cualquier peligro.

La reina se salió inmediatamente de Edimburgo y se dirigió á Dumbar, donde se reunió con algunos fieles servidores, con cuyo auxilio levantó un ejército de 8000 hombres mas que suficiente para sujetar á los asesinos de Rizzio y á sus cómplices. Se vió esta faccion abandonada desde los principios por el mismo Darnley que arrepentido de su accion tuvo la debilidad de volverse al lado de la reina. Los demas viéndose perdidos se dirigieron á las fronteras de Inglaterra. Mientras tanto los condes de Murray, Argyle y los demas en este último pais, confiados en la conspiracion contra Rizzio, se volvian ya á Escocia, cuando encontraron con los implicados en el asesinato, que se veian perseguidos.

La reina de Escocia, por no verse con tantos enemigos, perdonó al conde de Murray y sus compañeros con la condicion que se habian de separar de los intereses de

Morton y los suyos. Esta proposicion surtió sus efectos, y así, mientras Murray y sus amigos volvian de sus destierros, pasaban los cómplices del asesinato de Rizzio á ocupar los puestos que dejaban los primeros.

La reina y su hermano el conde de Murray tuvieron una entrevista con todas las muestras de cordialidad y de cariño, se dieron mutuamente explicaciones y hasta derramaron lágrimas. No habian nacido ambos para odiarse, para pertenecer á dos distintos bandos; mas en aquella época de intrigas y revueltas, á cada uno arrastraban pasiones é intereses del momento. Murray era ambicioso y dominante: la reina, aunque no de capacidad, carecia muchas veces de prudencia.

Hasta entonces habia incurrido muchas veces María Estuarda en la censura pública por la ligereza de su carácter, poca circunspeccion en sus palabras, y ninguna reserva y detenimiento en muchos de sus actos. Católica, y con tan estrechas relaciones con los príncipes católicos, era un objeto de prevencion y hasta de horror á los ojos de los rígidos presbiterianos. Mujer hermosa, llena de gracias y atractivos, debia de ser blanco de envidia y rivalidades. Mas habian respetado generalmente todos su reputacion, y pasado sin mancha de criminalidad sus conexiones. En adelante fueron las censuras de otra clase; y si no hubo pruebas bastante positivas y evidentes para condenar tratándose de absolver, faltó hasta el apoyo débil de las probabilidades.

Hizo la reina firmar á Darnley un documento público en el que aparecia no haber tenido parte en el asesinato de Rizzio, rasgo de debilidad que aumentó el descrédito de que era objeto. El proceso del asesinato continuaba. De siete procesados, solo perecieron dos en un suplicio. Se supone que no pasó adelante el rigor, porque muchos acusados se escusaban con la connivencia del rey, y alegaban sus mismas órdenes para la consumacion del acto.

Quedaron bajo el mismo pie las relaciones del rey

y de la reina que al principio. Se acercaron uno á otro, mas sin verdadera reconciliacion, ni muestras de pura simpatía. Siguieron las mismas quejas, las mismas acriminaciones; por parte de Darnley por ser objeto de poca consideracion; por la de la reina, por no serlo de atenciones y respeto. Las grandes quejas del esposo consistian, en que no se le daba participacion en el poder, para el que los partidarios de María alegaban no tenia capacidad de clase alguna. Es muy difícil averiguar de qué parte está la razon, y dónde el agravio, tratándose de disensiones de un género tan delicado. Es probable que la falta fuese de ambos. La presuncion, la incapacidad y carácter violento de Darnley no eran objeto de duda para nadie. Se puede sospechar en vista de lo que ocurrió despues, que la poca prudencia de la reina dió pábulo y nuevo realce á estos defectos. De todos modos es un hecho que vivian como separados, y que ni aun el nacimiento del príncipe, que se verificó dos meses despues del famoso asesinato, restableció las relaciones de amistad entre los dos esposos.

El rey, viéndose sin ninguna consideracion y tan decaido en el concepto público, trató de abandonar la Escocia y de trasladarse al continente; mas trataron de disuadirle de este proyecto sus parientes, y la misma reina no quiso permitirlo, conociendo que iba á imprimir una mancha en su reputacion, y que podia hasta hacer dudar de la legitimidad del príncipe. Se quedó Darnley en Escocia, por su desgracia, sin que el mismo hecho de renunciar á su proyecto hubiese producido cambio alguno en el estado de sus relaciones con la reina.

Apareció entonces sobre el horizonte de la córte un nuevo favorito de María, mas de clase muy diversa de la del músico italiano. El conde de Bothwell era católico y habia tomado el partido de María de Guisa en los disturbios anteriores, y presentándose siempre al lado de su hija en todas sus reyertas con los nobles. Era hombre ambicioso, altivo y arrogante, de costumbres licenciosas,

muy propio para jefe de parcialidad, objeto para algunos de favor; para muchos mas de envidia y ódio. Se hallaba entre ellos el conde de Murray, quien lo hizo desterrar acusándolo de haber querido asesinarle; mas se le alzó el destierro cuando salió del mismo modo el conde de Murray por haber incurrido en el ódio de la reina. Conservó siempre Bothwell sus sentimientos de fidelidad á María; cuando el asesinato de Rizzio, la acompañó en su fuga de Edimburgo, y la ayudó á levantar el ejército con que echó del reino al conde de Morton y á sus cómplices. Correspondia la reina á estos servicios de celo y de fidelidad, y en su tratado con el conde de Murray estipuló como una condicion que su hermano no habia de volver á perseguir judicialmente á Bothwell por intencion de asesinato, á lo que accedió aquel con aquella mala fé que caracterizaba todas estas transacciones.

El conde de Bothwell fué nombrado gobernador del castillo de Dumbar, y del Hermitaje en Liddisdale, dos puestos que por su localidad se consideraban entonces de muchísima importancia. Entonces fué cuando apareció muy alto en el favor de la reina, y los enemigos de esta comenzaron á acusarla de sus relaciones criminales con su nuevo favorito. Comenzaba en la córte y aun en todo el reino á suscitarse contra ella una terrible tempestad que provocaba su fatalidad ó la imprudencia de sus consejeros. La reina de Inglaterra, la mas poderosa é implacable de todos sus rivales, no era la que menos atizaba esta tea de suspicacia y de discordia. A tal punto llevaba su animosidad contra María, que manifestó la mayor pesadumbre cuando supo que habia dado á luz un hijo. Era extraño que Isabel, que no se casaba porque no entraba en sus designios, se hubiese mostrado tan contraria al matrimonio de la reina de Escocia, y que tuviese tanta envidia á su fecundidad cuando estaba en su mano el imitarla; mas tales son las contradicciones de la especie humana. Una de las cosas que mas odiaba la reina de Inglaterra era que le hablasen de herederos, y el

saber que los tenia. Lo era la reina de Escocia; tambien lo era, y aun en un grado mas inmediato, su marido. Reunia el recién-nacido los derechos del padre y de la madre. En efecto, fué heredero de Isabel, habiendo subido al trono de Inglaterra con el nombre de Jacobo I., á su fallecimiento.

Pero el mayor enemigo de María era ella misma: eran su ligereza, su indiscrecion, el ningun conocimiento de su propia situacion como mujer y como reina. Sus relaciones con Bothwell no eran criminales; todas las apariencias deponian contra ella. En su cualidad de gobernador del Hermitaje, era la obligación del favorito recorrer el valle de Liddisdale donde varios foragidos se abrigaban. Sucedió que en una de estas excursiones entró Bothwell en combate personal con uno de ellos, de cuyas resultas fué herido, habiendo tenido al mismo tiempo la suerte de matar á su adversario. Llegó la noticia á oídos de la reina que se hallaba á la sazón ó estaba para llegar á Jedburgo distante del castillo del Hermitaje como unas veinte millas (cinco leguas españolas.) Pasó la reina á caballo á visitar á Bothwell, que se hallaba en cama de resultas de su herida. Fué mirado este favor como una muestra positiva de la naturaleza de sus relaciones con el conde. Alegaban los partidarios de María que la visita no habia sido precipitada; que habian mediado mas de ocho dias entre la noticia recibida y dicho viaje; que la reina se habia vuelto en el mismo dia sin hacer mansion ninguna, con otras circunstancias atenuantes; mas aun cuando pudiesen entonces disipar algunas impresiones, cada vez las fortificaban; igualándolas con la certidumbre los mismos acontecimientos.

La reina cayó enferma entonces de la fatiga, segun algunos, de aquel viaje. Darnley, que se presentó á visitarla, fué tan friamente recibido que tuvo que volverse al dia siguiente. Con esto no hacian mas que agravarse las sospechas. De la mala inteligencia en que vivia, cada momento se veian testimonios nuevos. Los mismos con-

fidentes de la reina estaban tan persuadidos de ello, que le propusieron el proyecto de un divorcio, y á la cabeza de este plan se hallaba Bothwell; mas á la reina repugnaba dar un paso que seria perjudicial á la legitimidad de su hijo, por lo cual fué necesario renunciar á la medida. Entonces recurrió el favorito al plan de asesinato.

La reina, que tan implacable se habia mostrado contra el conde Morton y demás cómplices en el asesinato de David Rizzio, los perdonó á todos, á excepcion de Douglas, que le habia dado la primera puñalada, y de resultas de este acto de indulgencia volvieron á Edimburgo. Se dió este paso por sugerencias del mismo Bothwell, quien se estrechó con Morton á pesar de sus antiguos odios. Con él trató de sus planes de asesinar al esposo de la reina, como lo confesó el mismo Morton á la hora de su muerte, aunque negando que hubiese tenido parte alguna en la perpetracion de semejante alevosia.

Mientras tanto se celebró con toda solemnidad en Edimburgo el bautizo del Príncipe de Escocia. Se presentó en la ceremonia el olvidado y ya oscurecido esposo de la reina, sin que nadie hiciese caso de él, y despues de permanecer algunos dias sin tomar parte en los festejos se marchó á Glasgow, á casa del conde de Lennox, su padre, donde cayó enfermo de viruelas. Cuando lo supo la reina pasó á hacerle una visita. Los dos esposos tuvieron una entrevista bastante afectuosa y dieron muestras de reconciliarse. Muy poco despues dejaron juntos á Glasgow y se dirigieron á Edimburgo. Mas á Darnley no se dió habitacion en el castillo por temor de que con sus viruelas infestase al Príncipe. Se alojó pues en los arrabales de Edimburgo en una casa aislada llamada Kirk of the Field, á donde la reina pasaba casi diariamente á visitarle, y á veces á pasar allí la noche entera.

En una de enero de 1567 pasó en su habitacion hasta las diez, y se retiró á Palacio con objeto de asistir á un baile de máscara que se daba para celebrar las bodas de sus damas. Pasada media noche entró Bothwell con